

## Semantizarás el territorio: los vecinos de Analco y las explosiones de 1992 en Guadalajara

ROSSANA REGUILLO\*

...se conocía al vecino y en muchos casos hasta se le conocía demasiado. Pesaba sobre uno. Un horizonte estrecho devolvía perpetuamente a las mismas gentes unas junto a otras, delimitando un círculo de pasiones tenaces, de odios recíprocos, constantemente alimentados por nuevos rencores. Por eso era una oportunidad altamente apreciada tener un amigo al alcance de la mano.

*Jean Delumeau*

Decir que “sin barrios no hay ciudad”, es más que una frase nostálgica. Pero no es la suma de los barrios lo que hace ciudad, sino la articulación densa de unos actores con el espacio que habitan. El barrio se constituye en un *topos* que organiza y orienta la vida social de una comunidad. Se trata de un mapa estable de lo próximo, garantía de la continuidad, certeza de lo familiar y repetido.

Junto a las realidades del mundo globalizado, de los universos virtuales, persisten matrices culturales que hunden sus raíces en el territorio, que lo nombran, que se lo apropian. Prácticas que no niegan los indudables procesos de desterritorialización económica y cultural.

Maurice Halbwachs (1990) establece una relación entre espacio y memoria colectiva bajo la tesis de que esta última no existe al margen de un marco espacial que le da sentido. Dice Halbwachs “la mayoría de los grupos —no sólo aquellos que son producto de la distribución física de sus miembros dentro de los límites de una ciudad, casa o departamento, sino muchos otros tipos también— *graban* su forma de alguna manera en el suelo mismo y rescatan sus

recuerdos o remembranzas colectivas dentro de un marco espacial así definido” (1990: 38).

Bajo esta perspectiva entonces cualquier alteración en el territorio conocido y dominado, repercutiría según los planteamientos de Halbwachs en los hábitos, pensamientos y movimientos del grupo afectado (Halbwachs, 1990: 17). Ante una alteración del entorno, “el grupo no se contenta con la demostración de su infelicidad, o con una momentánea explosión de indignación y protesta; se resiste con toda la fuerza de sus tradiciones... trata de recuperar su pasado equilibrio en medio de las nuevas circunstancias, y triunfa parcialmente. Se esfuerza por afirmarse o reformarse en un distrito o en una calle que ya no está a su disposición, pero que alguna vez fue suya” (Halbwachs, 1990: 18).

El barrio, así entendido, no puede de ninguna manera considerarse como “contenedor” de hechos sociales, como mero escenario o telón de fondo en el que se desarrolla la acción. El barrio es una construcción social en la que se entretienen lo material y lo simbólico, que se interpenetran para dar forma y sentido a la vida del grupo, que se esfuerza por transformar mediante actos de apropiación (inscribir en el territorio las huellas de la historia colectiva), el espacio anónimo en un espacio próximo pleno de sentido para él mismo.

Mediante estos actos de nominación y uso se construye el barrio como ese mapa ordenador y estable que el actor reconoce y transita una y otra vez, como una coordenada que no es una sucesión de puntos

\* Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

fijos lineales y externos, sino una estructura compleja y de carácter subjetivo que posibilita la ubicación: el aquí frente al allá, lo propio frente a lo ajeno, lo interior frente a lo exterior, los desplazamientos y los tránsitos operaciones de carácter real o imaginario que dan cuenta de las territorializaciones particulares que construyen los grupos.

El barrio es “dato” que se interpreta, es sistema abierto en permanente construcción. No sólo se conoce y se percibe en una operación neutra y desprovista de afectividad, de emoción. Por el contrario, en la configuración territorial aparecen auto-identificaciones que producen y reproducen valores distintos. De tal manera que lo que aquí se enfatiza es que la pertenencia a un barrio no se manifiesta de manera homogénea.

Desde una perspectiva sociosemiótica y antropológica, el trabajo que aquí se presenta analiza los procesos socioorganizativos e identitarios de los vecinos del Sector Reforma de la ciudad de Guadalajara a raíz de las explosiones de gasolina nova en el sistema de colectores en 1992.<sup>1</sup>

### **Analco: al otro lado del río<sup>2</sup>**

Por Los Ángeles a la altura de la calle de Analco, desolación se intuye, esbozos de la destrucción son perceptibles desde este lugar. Al doblar a la izquierda sobre Matías Romero las evidencias del desastre golpean con fuerza. Una máquina trabaja monótona en la zanja, lo demás es silencio. La calle de Gante no existe más, los vecinos se fueron o murieron, o esperan en algún lugar provisional el momento de regresar al barrio en el que crecieron. Todo es desolación en donde antes había mucha gente, mucha gente conocida.

La vida en el barrio era tranquila, bonita, sabrosa. Claro que con el traslado de la Central Camionera mucha de la actividad económica se acabó. En vez de talleres fueron apareciendo boneterías, muchas, pero también quedaron las refaccionarias y los tallercitos que ya se habían hecho de clientela. Aquí podía uno conseguir desde una piececita para el carro, un buen fontanero,

los útiles para los niños. Estaban también las escuelas, no había que salir del barrio. Es más, mucha gente venía de otros lados a surtirse acá: “Los hoteles y los restaurantes bajaron mucho cuando se fue la Central de aquí, en sí el mercado de esta zona lo hacen las refacciones y accesorios. Como en Medrano, la ropa; aquí la gente viene y busca una refacción, un huesario”.

Las posadas eran una cosa muy bonita, muy alegre: “En Gante se hacía posada hoy en una casa y mañana en otra, se sacaba el sonido, se alquilaba conjunto y era de tapar calles y ponerse a bailar”.

Lo que más identifica al barrio son sus templos, San Sebastián y San José, la gente los miraba más que como lugares de culto, como lugares de reunión, se organizaban las fiestas, todos cooperaban, participaban en las celebraciones. También se hacía la kermesse y luego los cursos de verano para los niños se hacían ahí frente a San Sebastián, los templos sí eran lugares de reunión, y todo el mundo conocía al señor cura, era el personaje más conocido del barrio.

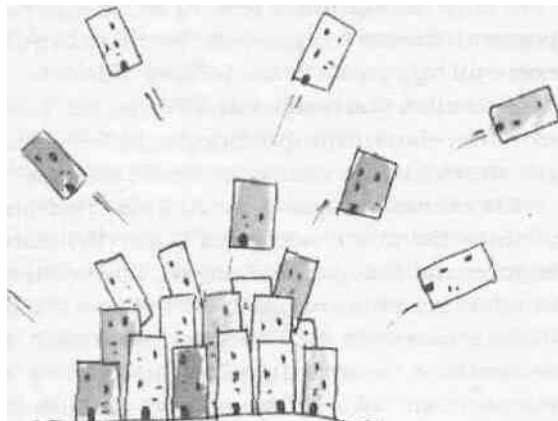
El párroco de Analco dice que antes del 22 de abril la parroquia contaba con 35 mil habitantes, actualmente la cifra es de 30 mil. Faltan, dice el señor cura, unas 800 familias, que posiblemente den un total de 4 mil personas. vida de la comunidad ha girado alrededor de la parroquia, que está organizada en zonas: la zona de San Sebastián, la zona sur que limita con Gante y que fue la más dañada por el desastre, la zona centro, que se extiende desde el templo hacia el oriente y la zona norte, hacia San Juan de Dios.

Pero la vida en la ciudad tiene sus costos, el barrio ha sufrido el trazado de avenidas y la proliferación de comercios, y los vecinos comenzaron a experimentar el aislamiento característico de la vida urbana. Así, ante la imposibilidad de construir más centros de culto “que, además, no tendrían chiste, porque lo importante es que nuestros templos tienen su historia tan vieja como la ciudad”, la parroquia organizó centros de reflexión que funcionan en las casas de los feligreses. En 1992, en San Sebastián, funcionaban 17 de estos centros y en San José, 12, “para fomentar el sentido comunitario”.

Analco es un barrio “tipo familia”, con gente que se conoce de muchísimos años, según lo definen sus

<sup>1</sup> El 22 de abril de 1992, a las diez de la mañana, ocho explosiones por la presencia de gasolina nova (“en cantidades aún no determinadas”) en el colector intermedio-orientado de la ciudad de Guadalajara, devastaron más de 8 kilómetros de calles. Las cifras oficiales señalan que hubo 210 muertos y más de 1 600 heridos, 1 400 casas totalmente destruidas y un número similar con daños parciales y más de 600 vehículos totalmente perdidos. Ver Padilla y Reguillo, 1993.

<sup>2</sup> Analco es un barrio con historia, con tradición. Las crónicas narran que el franciscano Antonio de Segovia, trasladó el convento de los franciscanos en Tetlán al sitio donde hoy se ubica San José de Analco; muchos de los indígenas de Tetlán, cocas y tecuexes, siguieron a los frailes para establecerse en Analco que significa “Al otro lado del río”. A pesar de que los frailes se cambiaron pronto de lugar, los pobladores indígenas no se movieron ya de este asentamiento y para 1550, en Analco había 500 habitantes (Lomelí, s/f; Solís, 1986). El río de San Juan de Dios partía a la ciudad en dos, del “otro lado” vivían los indígenas y prestadores de servicios, de “este lado” vivían las clases dominantes. El río fue entubado en el siglo XX, y se convirtió en la Calzada Independencia, que aún hoy sigue siendo una marca simbólica que divide a la ciudad.



habitantes: “La gente joven que vivimos somos hijos de personas que aquí se criaron o que toda su vida han vivido por aquí. Vivimos que en la casa del hermano, que en la de los suegros, pero gente joven es muy poca la que veo por aquí. Más bien es un barrio viejo, de gente que hizo sus casas con muchísimos trabajos”.

Los mercados son otro centro de reunión, el de San Sebastián y especialmente el Rizo. También están los tianguis. El problema es que estos lugares comunitarios también convocan “a muchos vagos”.

Hay muchos “borrachitos”, en algunas esquinas grupos de pandilleros, pero no es un problema grave, entre ellos sí porque se drogan, pero no agreden a la gente pacífica. La prostitución, sin llegar a ser un problema, es algo que preocupa; se ubica en la calle de Obregón y la antigua Central Camionera, “pero las gentes que andan en eso no son de Analco, son advenedizas”, la gente del barrio es “gente de bien, trabajan en talleres, son albañiles, trabajan de obreros en las fabriquititas que hay dentro del barrio y la mayoría de los jóvenes estudian”. Para el señor cura, el problema viene de afuera.

No obstante, para algunos habitantes de Analco, los problemas sociales del barrio están en su “mero corazón”, en las vecindades. En el barrio existían más de 300: “Este barrio lo que tiene son muchas vecindades, vecindades viejas. Nos desenvolvemos en un medio ambiente en que hay de todo. Porque usted sabe que una gente que vive en una vecindad no lleva el mismo roce social”.

Los servicios en el barrio eran buenos, luz, agua, drenaje, recolección de basura y estaba bien abastecido en cuanto a bienes y servicios se refiere. La vida era pacífica, agradable.<sup>3</sup>

Pero una mañana, una serpiente de destrucción arrancó de cuajo todas esas seguridades que organizaban y definían cotidianamente la vida colectiva.

### Después... todo cambió

Un fuerte olor, indescifrable, un polvo fino que se pega al cuerpo, recrudecen el panorama de destrucción que se extiende varios kilómetros a izquierda y derecha. Entre los escombros quedan los restos de un crucifijo retorcido, más allá un cuaderno con caligrafía infantil y un osito sin trompa. Varios muros sostienen todavía el cuadro de la última cena o la fotografía de la familia, una lámpara cuelga de un pedazo de techo, una escalera que conduce a ningún lado. Son imágenes que se repiten cuadra tras cuadra.

La ira y el estupor se escapan en las frases, en las miradas extraviadas, en el destello que provoca el encuentro con un vecino conocido: “¿Cómo es posible que te pase esto? Es inaudito. No lo entiendo todavía. Yo veo lo que era mi hogar, lo que era mi casa, donde yo paseaba, donde yo dejaba a mis hijos correr y ahora veo esto y parece como que vinieron a destruir esto, como que una bomba cayó”.

Los primeros días después de la tragedia se desarrollaba una gran actividad en el barrio. Los vecinos organizaban centros de acopio, cocinas, centros de información, módulos improvisados para levantar inventarios: de muertos, de desaparecidos, de robos y saqueos, de daños. Se nombraron comisiones y una organización espontánea emergió poco a poco. La tensión, la incredulidad y el asombro eran los sentimientos más constantes, filtros a través de los cuales se percibía la destrucción del territorio.

Los templos quedaron de pie, para dar testimonio de la fuerza del pasado. Muchos vecinos se congregaron en ellos, en busca de orientación, de un lugar seguro, de una explicación. En San José y en San Sebastián de Analco se improvisaron albergues. En los templos más chicos, se entregaron despensas, se instalaron dispensarios médicos (De la Torre y González, 1993). Pero quizá lo más importante es que los centros de culto funcionaron como lugares de referencia y garantía de continuidad.

La gente siguió acudiendo al templo. “Quedó, eso sí, un trauma interior, de miedo, de recelo, de crítica

<sup>3</sup> Es importante apuntar que esta descripción casi “idílica” de la vida del barrio se hace en los momentos posteriores a la explosión. Dos elementos hay que tener en cuenta: por un lado, la tendencia de los informantes a producir un discurso biográfico organizado, coherente, del que se hacen “desaparecer” los elementos que afectan la “autopresentación” que el sujeto quiere hacer (a este respecto, ver Bourdieu “La ilusión biográfica”); y, de otro lado, la explicable añoranza por un estado de cosas que en ese momento experimentaban como “perdido para siempre”.

contra quienes resultan culpables por la catástrofe y las injusticias que se cometieron y se siguen cometiendo”, dice pensativo José Tizcareño, párroco de Analco desde hace once años.

La necesidad de mantener los vínculos con el territorio se manifestó de múltiples modos. Primero, la creación de espacios comunitarios no oficiales, que funcionaban como centros de acopio e información, como lugares de reunión y asambleas, como un punto de llegada definido ante lo indefinido de la situación que se vivía: “yo me voy a dormir con mis suegros allá por el Tapatío todas las noches, pero me regreso en la mañanita, para estar cerca y ayudar en lo que se ofrezca”; “pues. Santa Cecilia está bien lejos, allá vive mi mamá, pero prefiero venir diario con todo y mis hijos, así como que siento menos”.

Las calles colaterales a la zanja servían para sentarse en la banqueta y conversar con los vecinos. También funcionaban como centros de culto, con altares improvisados, algunos sacerdotes acudían diariamente a estos lugares para oír confesiones y dar la comunión.

Para algunos el arraigo se tradujo en su decisión de acampar en la calle pese a las incomodidades, los olores, el polvo y el recuerdo doloroso. Todo, antes que dejar el barrio y a sus muertos: “yo no me voy a ningún lado, a pesar de los pesares aquí me estoy. ¿Cómo me voy a ir y dejar mis muertos?”. “Aquí nacieron mis padres, aquí nací yo, ya tengo un hábito de vida, quiero mi casa *igualita* a como la tenía antes, así sin lujos, pero era mía y yo no me voy a ir para otro barrio y vuelta a comenzar”.

Muchos no solamente perdieron sus casas, sino sus fuentes de trabajo, como Don Chuy el elotero

...que así me dicen y ya me conoce la gente, aquí pago mi permiso y para sacar un permiso en otro lado me cuesta y entonces necesito trabajar aquí mismo. Y luego dura uno mucho en una esquina de estas para agarrar clientelita. Por ejemplo ahorita ustedes vienen y me compran un elote, les gusta y luego vuelven. Yo ya tengo diez años en esta esquina, ya tengo mis clientes... para acientar en otro lado está difícil... Ayer vino una señora, ella vivía a tres puertas de la de Gante para allá, se cambió a la Independencia porque también su casa se le cayó pero vino y me preguntó si no me había pasado nada, tampoco a ella gracias a Dios. Era mucha clientela la que yo tenía, entonces pues aquí me sigo poniendo.

Y en otra esquina la señora de los dulces intentaba poner su mesita “con poquita mercancía que salvamos entre mi hijo y yo”. Y más allá, el tallercito, esperando a los clientes que no acababan de llegar “porque a cada rato nos clausuran que porque todavía hay peligro y ¿de qué vamos a vivir mientras?, yo digo”.

En el mero corazón de Analco “nos pusieron las oficinas del gobierno,<sup>4</sup> para hacer los trámites, esos señores del Colegio de Jalisco”. Los vecinos tardaron muchas semanas en distinguir lo que habían sido las instalaciones de El Colegio, institución académica dedicada a la investigación histórica y social, del nuevo “uso” al que se habían destinado. Así que durante las primeras semanas los asuntos se arreglaban con “los del Colegio de Jalisco, que está lleno de diputados y personas de la política”. Las oficinas del Patronato se convirtieron en lugar de reunión de muchos vecinos que pasaban horas haciendo colas interminables y papeleos agotadores, mientras los paleteros, los eloteros y los puestos de “hot dogs” ayudaban a la espera.

### La normalidad por decreto

Pese a los intentos y estrategias de dispersión utilizados por las autoridades, los vecinos lograron desde los primeros días mantener funcionando —aunque de manera precaria— sus vínculos con el barrio y el sentimiento de arraigo y continuidad fueron los elementos más importantes para la definición de sus demandas y el inicio de la lucha.

Con base en las entrevistas realizadas, en la observación y en el análisis se puede afirmar que, en la mayor parte de los vecinos de Analco que resultaron afectados por las explosiones, la experiencia de ciudad es reducida a la experiencia de y en el barrio. En él se cristaliza la experiencia pasada, presente y futura y en torno a su cultura barrial se ha construido una identidad que, doblegada por los embates del crecimiento urbano, encuentra su continuidad en las celebraciones, en la vida comunitaria que tiene como centro ordenador los lugares de culto.

El promedio de antigüedad en el barrio, obtenido de las respuestas de las entrevistas, fue de 30 años. Destaca el hecho de que a la pregunta sobre los lugares significativos y distintivos de Analco, todos los

<sup>4</sup> Desde el primer día de las explosiones, autoridades gubernamentales empezaron a trabajar en las instalaciones de El Colegio de Jalisco ubicado en la Plaza de San Sebastián a un costado del templo. Posteriormente, esas instalaciones se convirtieron en la sede del Patronato de Reconstrucción y Adecuación de la Zona Siniestrada del Sector Reforma, creado mediante el decreto Número 14770 del Gobierno del Estado.

entrevistados contestaron, sin duda alguna, que San Sebastián y San José son dos lugares que distinguen a Analco del resto de los barrios y de la ciudad y que el personaje más “célebre” (en el sentido de conocido por todos), resulta ser el “señor cura”.

Uno de los aspectos centrales de la relación de los vecinos de Analco con su entorno inmediato lo constituyen las actividades económicas que lograron resistir la salida del barrio de la antigua Central Camionera,<sup>5</sup> que implicaba para esta comunidad un contacto permanente y sistemático con la ciudad y con otros lugares.

Se pudo detectar que las “nuevas” actividades económicas, si bien no prescindían del mercado ciudadano, se reorganizaron sobre la base de las mismas relaciones vecinales, es decir, como un oferta y un mercado internos. La vieja tradición en el barrio ayudó a superar el descalabro que, para su economía, significó el cambio de un centro alrededor del cual giraban buena parte de los comercios y servicios de la zona.

Los indicios simbólicos con respecto a los lugares de referencia definidos subjetivamente apuntan a una serie de interrelaciones espacio-temporales entre estos lugares y las “categorías” con que son nombrados; sólo para efectos de análisis los hemos separado para avanzar en la comprensión de la relación de los actores con un territorio como uno de los elementos importantes en la constitución del mundo social.

Para organizar el contexto de espacial, se tomaron como organizadores temporales un “antes” y un “después” de las explosiones, utilizando las diferencias de segmentación que en los mapas cognitivos de los sujetos aparecen como estableciendo una separación entre los lugares de reunión.

En primer término resulta significativo que en el discurso del “antes” no haya ni una sola mención con referencia a lo “oficial”. No hay una presencia espacial de los poderes oficiales como centros integradores de la socialidad del barrio.

La vida comunitaria gira fundamentalmente alrededor de lo religioso, de lo económico y de lo social y de la imbricación de estos tres niveles que, sin embargo, en este “antes” se mantienen separados en los mapas cognitivos: los templos y los centros de reflexión son para orar y dar gracias, pedir favores, reflexionar sobre la vida cotidiana a la luz del evangelio y para “mantener la gracia divina”; las peregrinaciones y celebraciones ayudan a los fines anteriores y a rescatar el sentido de comunidad, fomentar el

intercambio amistoso desde los valores cristianos y servir, ritualmente, como marcas al calendario y ciclos de vida en el barrio.

Mientras que lo propiamente social, que hemos definido como lugares comunitarios laicos (el parque, el mercado), favorecen la interacción cotidiana, regulada por rituales de cortesía, donde las pequeñas o grandes transacciones, el encuentro casual o provocado se convierten en pretexto para el intercambio de información personal o de interés para la colectividad, de diferente espesor y características de acuerdo al *status* social y económico de los sujetos interactuantes. Recuérdese cómo al interior del mismo barrio existen delimitaciones y calificaciones en función del hábitat: “la gente de las vecindades no tiene el mismo roce social”, por citar una de las formulaciones más claras, aunque el discurso de los vecinos está lleno de este tipo de “marcas”.

El principal contraste con el “después” lo constituye el aumento en la polivalencia de las funciones de los lugares comunitarios: lo religioso aparece nítidamente en la calle, lo social y político se introduce en los templos, la salud física y mental se convierte en motivo de reunión y en posibilidad de intercambio específico de información; sin embargo, el intercambio económico desaparece, generándose otras formas de abastecimiento e intercambio de bienes.

Lo oficial adquiere “corporeidad” por necesidad, alterando las relaciones vecinales, al tiempo que se ve afectado por estas mismas en el sentido de que los habitantes del barrio otorgan a los espacios oficiales “usos” distintos a los establecidos, como lugar de encuentro y de reunión, como lugar de tránsito entre las prácticas religiosas y las civiles. Eran comunes este tipo de citas: “voy a misa y al salir me paso al Colegio de Jalisco para entregar mi expediente, si quieres ahí nos vemos para arreglar lo de la asamblea”. Todo condensado en un mismo espacio.

En la Plaza de San Sebastián, frente a las instalaciones del Patronato y del templo, el Movimiento Civil de Damnificados y la Coordinadora de Ciudadanos y Organismos Civiles 22 de Abril, construyeron una casa provisional como ejemplo de la propuesta de vivienda alternativa que se proponía al gobierno y que tuvo además la función de “centro” de asesoría del Taller de Arquitectura Popular y de la Academia Jalisciense de Derechos Humanos, ambos integrantes de la Coordinadora. La casita de dos pisos quedó ahí, fruto de la iniciativa ciudadana,

<sup>5</sup> Dos años antes de las explosiones la Central Camionera fue trasladada hacia la periferia de la ciudad. Por su gran movimiento de entrada y salida de pasajeros, había convocado a su alrededor múltiples actividades económicas: comercio, hospedaje, alimentación y diversión.









La aparente homogeneidad que permea las prácticas y representaciones cotidianas demuestra su complejidad y múltiples sentidos en situaciones extraordinarias. Lo señalaba Agnes Heller (1985) “la vida cotidiana no es extrañada por necesidad, a consecuencia de su estructura, sino sólo en determinadas circunstancias sociales”.

El acontecimiento provocó que la calle se transformara en hogar y casa, que las interacciones entre los vecinos aumentaran en intensidad y que las fronteras entre una y otra unidad doméstica se diluyeran en la medida en que el abasto, el consumo y algunas actividades cotidianas se volvieron colectivas por necesidad.

El grupo de damnificados independientes encontró rápidamente elementos de articulación y ordenación espacio-temporal de acuerdo con un patrón de ordenación doméstica que permitiera reducir el margen de incertidumbre generado por la pérdida del referente “casa”. Así, la calle fue revestida con funciones que tradicionalmente pertenecen al ámbito del hogar. A través de marcas, objetos, prácticas, los espacios exteriores fueron dotados de una significación que se robustecía mediante el seguimiento de un horario que marcaba con cierto rigor las actividades cotidianas. Le vida seguía su curso a pesar de la muerte, de la destrucción, de la pérdida.

Durante varios meses, la “calle” transformada en morada por muchos vecinos, pese a la precariedad, la insalubridad y los muchos inconvenientes, ofrecía, al menos, la seguridad de la compañía de los otros. Contemplar “desde fuera” a las señoras bariendo un polvo interminable; a los niños corriendo de un lado a otro sin el menor respeto por la gramática de los espacios diseñados para inventar los juegos de siempre; a los policías viendo plácidamente la lucha libre en la televisión; a los adultos preparándose una tostada de cueritos como si en ello les fuera la vida, hacían pensar, por un lado, en la necesidad de vivir la existencia con un mínimo de certezas y dignidad, pero, por otro lado, este conjunto de prácticas aparecían como estrategias para sacarle la vuelta a la adversidad, domesticar el absurdo y autoconvencerse de que aun en medio de la desolación los códigos aprendidos seguían vigentes. La fuerza de lo cotidiano se impuso para restablecer el equilibrio. La adversidad compartida disminuía la incertidumbre individual.

Sin embargo, hay que señalar que no existen circunstancias automáticamente generadoras de prácticas, ni sujetos automáticamente constituidos, sino prácticas y sujetos colectivos que se configuran socialmente a partir de referencias, símbolos y experiencias compartidas. Es decir, las explosiones y la

pérdida tanto material como simbólica que de ellas se derivan no agotan la explicación de la configuración del nosotros colectivo emergente ni de su particular articulación. Hay que considerar aquí las mediaciones que establece el capital simbólico-social anterior a las explosiones: la cultura del barrio, la religiosidad, el trabajo, la escolaridad, el nivel socioeconómico y, especialmente, la cultura política de los afectados. Hay reconfiguraciones por la irrupción del acontecimiento, pero éstas anclan en un tejido social ya existente.

La “re-invencción” de la vida cotidiana de los damnificados estableció, en palabras de Landowsky (1993: 114), una intimidad de rango superior, de orden interindividual o comunitario, o la idea de un *privado-colectivo* que se manifiesta bajo la forma de la conciencia de un nosotros.

La disolución de las fronteras entre las diferentes familias y unidades domésticas, la elaboración de rutinas comunitarias, aunadas a la conciencia (no necesariamente explícita en todos los actores) de la necesidad de la unión, dan forma y contenido a este orden interindividual o comunitario.

Se decreta así la abolición de las diferencias, la adhesión radical al grupo, la supresión de la distancia, lo que otorga a este ámbito de lo privado-colectivo una imagen de armonía idílica que paradójicamente va a constituirse en el principal núcleo de conflictos que terminaron por separar afectiva y políticamente a este grupo de damnificados.

### Cinco años después

El grupo más combativo de los damnificados independientes tuvo su origen en la intersección entre Analco y Quinta Velarde, los dos barrios más antiguos de la zona. El arraigo al barrio fue un elemento detonador del tipo de organización emergente: representantes de vecinos que surgieron espontáneamente durante la fase de emergencia; mecanismos improvisados pero efectivos para contarse entre ellos y checar el estado de los vecinos; la creación inmediata de lugares comunitarios para los trabajos de acopio, organización y difusión: la casa de un miembro del grupo, el patio del multifamiliar, el atrio de la iglesia.

La pertenencia al barrio, actuó como un ordenador de las relaciones sociales y del tipo de comunicación que los afectados establecieron entre sí.

Por otro lado, un porcentaje alto de suelo destinado al comercio, mayor en Analco y Quinta Velarde (60 y 70 por ciento respectivamente), también hace suponer que en las reivindicaciones de los damnificados no estaba solamente el reclamo por la vivienda, sino que se

